

DE DOMINGO A DOMINGO

UN CARICATURISTA Y SU DESTINO

Por Sebastián SALAZAR BONDY

LA CARICATURA es todo un género dentro del vasto mundo del dibujo, bien lo sabemos. La línea, en ella, no sólo aprende ser y figura de la realidad humana, sino que intenta un juicio acerca de ellos. Es la rama moral —porque es la rama crítica— del arte lineal, una suerte de opinión sobre las personas y los sucesos que encarnan o provocan. No es fácil ser caricaturista, pues no todo radica en la habilidad de la mano. Esta, a fin de cuentas, es un medio. La inteligencia está detrás de la artesanía, y la inteligencia que descubre en un rostro, una silueta, una relación de hombres y cosas, aquello precisamente que los denuncia de alguna manera como admirables o repudiables. Tenemos en el Perú un maestro en ese arte, cuya calidad nadie pone en duda y cuya precedencia, en toda alusión al tema, es inevitable: Málaga Grenet. Hoy prefiere el gran dibujante el retrato rápido, "cum granum salis", a la caricatura propiamente dicha, pero la antología de su carrera de moralista de la pluma y el lápiz, aquí, en París, en Nueva York, en Buenos Aires, donde quiera que estuvo, es consagratoria. No se puede hablar de caricatura entre nosotros sin mencionarlo. Alguna vez el cronista pensó en una retrospectiva de Málaga Grenet y el proyecto, más por culpa de las circunstancias que de otra cosa, no se cumplió.

PERO LA ALUSION del cronista a la caricatura en esta columna se debe a otro motivo. Alguien le recordó que ayer, fue conmemorado un aniversario relativo a la vida de otro caricaturista peruano, fallecido hace poco. Se trata de Pedro Challe. Diferente era el estilo de éste en comparación con el de Málaga Grenet. El cronista recuerda que, desde la infancia, esos personajes de sombrero ribeteado, guantes y bastón, en cuya rigidez había siempre algo intencional, como de voluntad secreta de retratar su vacuidad esencial, su solemnidad formal, su mera exterioridad, llenaron sus pupilas, ansiosas de hallar en la prensa la síntesis del universo público que vislumbraba en la calle, en la política, en el escenario social. Y que fueron los dibujos de Challe —"Armando Gresca" y otras tiras en serie, sin la violencia de las que venían en las historietas importadas— los primeros que le ofrecieron una imagen de su propio contorno. La caricatura debe testimoniar. Tal era la función que cumplía aquel artista limeño en las páginas de revistas y diarios. Se ha escrito arriba que el caricaturista juzga y que, debido a ello, no puede evadir el sentido moral inmerso en el acto de reír y hacer reír (o sonreír) castigando, tal como en la sátira clásica.

COMO TODO periodista o intelectual peruano, Challe cumplió un "curriculum" laborioso, sin que le alcanzara la existencia para la hora de los homenajes. Esto, entre nosotros, resulta normal. Los elogios tienen aquí, inevitablemente, el carácter de póstumos, no porque la muerte ponga a la gente, en súbito estado de justicia, sino porque la envidia, la rivalidad, la pasión competitiva, se alivian y distienden, permitiendo, al fin, el clima imparcial que requiere toda apreciación en perspectiva histórica. Una página apretada de méritos de Challe tiene el cronista a la mano. Para escribir esta pequeña memoria ha desechado esas hojas y ha cerrado los ojos. Se ha remitido a los ecos que en él dejó la frecuente visión de esas caricaturas en las cuales se dio la síntesis de tanta humanidad cortada por la misma tijera y de la que, tal vez, dependió la triste suerte de nuestro país. La mano de Challe se detuvo, aquella humanidad pasó. Alguna vez habrá que acudir a dichas olvidadas líneas para reconstruir el escenario de esta Lima bajo su garúa de indiferencia, para conocer sus personajes representativos y sus hombres comunes. Afortunadamente, el arte no puede ser demolido si es sincero como arte y fiel como documento.